

# Catálogo

## La elección de los hechos

La versión de lo petrolero que pueda encerrar un texto como "Batalla campal" se nutre de contenciones, casi diríamos que de restricciones, no sólo porque se escribe ya totalmente fuera de la época heroica, sino porque la voluntad de hacer crónica ha sido desgastada al máximo. No se quiere validar un tema o recrearlo, sin embargo él está allí y es mostrado como un animal extraño, como algo olvidado y expulsado de la familia y que es tropezado tal vez por accidente.

Nos interesa de manera especial la elección oblicua, casi recatada de la exposición, su formato impersonal que aspira no a ocultar la voz del narrador, que sería la obviedad de una vergüenza, antes se desea dar parte desde un atisbadero lejano: referir de espaldas, diríamos. Hay, en ese sentido, la asunción de una doble tradición, o de un doble estigma; por un lado, la verificación de la debilidad de una escritura en alianza con unas responsabilidades testimoniales (si esa escritura es tensa

y eficiente en "Arco secreto" resulta subordinada, casi incidental, en *Fiebre* o en *Sobre la misma tierra*), y por otro, la conciencia de que ya el tiempo de la reconstrucción acabó, que ahora sólo sería posible enfrentar aquello desde situaciones de metalenguaje, porque esa es la condición de este relato cuando se ve la función real de sus "versiones", busca poner la voz del narrador al margen de una enunciación primaria, la mediación es así un acto de alejamiento de aquello sobre lo que no tenemos tesis, no queremos tenerla.

Las voces hablan desde la relativa objetividad de un juicio, desde lo pericial que no admite mixtificaciones, su naturalidad nos propone un ejercicio de resonancia sin alcances morales, sin valoraciones que situarían la perspectiva en el punto de vista de los intereses. Lo petrolero está expuesto a través de una insistente evasión, no está enmascarado pues no se trata de hablar desde el desdén de la suposición intelectual. El es-

cenario, acciones, referentes, la ubicación de un tiempo casi epocal, son elementos lo suficientemente delimitadores de identidad como para saber instintivamente donde se está: en un momento asentado de unas relaciones, en lo que respecta a un proceso, en uno de la infancia en lo que respecta a la soledad de un mundo. Si *Mene* está condenada a contar la saga inmediata, pues se asume como testimonio urgente de las novedades del día, "Batalla Campal" no puede sino apelar a otras maneras del relato para indagar en los mismos movilizadores de aquella, es esa determinación de huir de la reconstrucción lo que permite el hallazgo de una versión, que es como entendemos la totalidad del relato. Los *dramatis personae* están condenados a la inocencia, carecen de pulsiones diferentes a las que han desarrollado en su inmediato entorno: ni siquiera dicen lo que sienten, sólo lo que ven. Que sean niños no puede sino afirmar la voluntad inconciente del narrador de defender de compromisos su retrato. Se escribe cuando todo ha concluido, cuando las emergencias han cesado hace largo rato y todo parece inmóvil, también mimético y por lo tanto más difícil de descifrar, las desventajas parecen equilibrar así las comodidades de la crónica cerrada.

El riesgo de *Mene* está justamente en la incertidumbre de los alcances de aquello que copaba la

escena, de allí sus no escasos instantes de prédica, de escondido aleccionar, el destino de lo colectivo como gran telón de fondo está teñido en ella aun de reminiscencias de patria, de pueblo sufrido. Oportuno sería señalar al menos un punto en común. La idea de tierra de nadie, de territorio sin dolientes, debía presentarse como por inercia en un conflicto de la vastedad y el vacío, ¿no es lo petrolero como la necesidad de configurar, de dibujar sobre un escenario degradado e impoluto a la vez?, el primer alegato es no obstante el de la tierra herida. Los gringos que desembarcan en Punta Icotea (*Mene*) introducen ya la discrecionalidad del que viene a establecer patrones y para quien el territorio se da por descontado, los manejos de Joseito Ubert estarán muy en conformidad con la disposición del Estado para con los pisatarios, él vende lo que no es suyo pues a fin de cuentas es del primero que lo encuentre. Se insiste en "Batalla campal" en una evidencia física de la trifulca: el polvo, la polvareda, es lo que comunica los hechos casi desde una geografía móvil, dinámica. Es la misma tierra desolada que ven los ojos compasivos del Juez de Paz Ramón Díaz Sánchez, visión que combate un niño yendo a la playa oxidada a mirar *agujetas*.

El árbol del relato ha crecido en un traspatio, en un solar ignorado, a donde la basura y los dese-

chos llegan llevados por el viento no porque sea un lugar para eso, es decir, no existe para los usos y está como fuera del tiempo. Polvo, resolana, topografía casual, es un abandono que resulta como excesivo sabiendo que abajo, en el subsuelo yace aquello que hace palpitar los corazones, que multiplica los afanes. El paisaje arriba gime degradado, abajo, desde la invisibilidad ordena pasiones, el futuro. Un esfuerzo adicional nos permitiría ver otro vínculo, más allá del escenario pasivo se abre paso la evolución de los conjuntos humanos, los cónclaves de los niños del árbol, la prefiguración del diálogo en el parlamento inicial de Daniel Quintero, la intromisión de los adultos. El pueblo úmido, revelado por el bullicio de los *drillers*, en *Mene*, los jefes civiles y el cura, después; son los espacios abiertos de los que se ha expulsado el secreto de los gamonales, los mujiquitas deben atravesar ahora la calle y en ese tramo mucho enseñan o poco ocultan. Es la concurrencia de la fundación como en "Fuga de paisajes", el cuento estelar de Díaz Sánchez. La casa del árbol está para amparar también una concurrencia, se llega a él desde cualquier punto en accesos radiales que autorizan la circulación y los encuentros, quienes se reúnen están dispuestos a superar la extrañeza, la ajeneidad de orígenes. La señora Blanca Baralt los oye, sin verlos sabe que están allí, secreta-

mente le complacen los ánimos de aquellas relaciones encubiertas bajo la polvareda aunque llame a la Seguridad, aquello la sacará del mutismo paralizante del vaho del petróleo ("Cardonal") por las tardes cuando tienda ropa en la cuerda, es la promesa del futuro inmediato y que no depende ni de los jefes de los campos y tampoco de las leyes que adelantan los funcionarios.

Pero esos grupos pueden conseguirse más atrás, en las cuadrillas forzadas que conforman criollos y gringos en las selvas del Sur del Lago, en el sacrificio espantado de los jóvenes venidos de Arizona, ellos también caen doblados por el paludismo y pueden tener mucho en común con los "piones" silenciosos de *Mancha de aceite*, la novela de César Uribe Piedrahita. La prehistoria de los grupos que marchan al encuentro en ese espacio abierto, el descampado que ya no es un claro en el bosque sino una voluntad superior a la curiosidad, podría estar también en esa novela: la marcha silenciosa de exploradores y bastimento, nadie habla en esas masas humanas compactas. El novelista se arroga la potestad de mostrarlos y valorar lo que vendrá, apenas un tumulto los acerca, es en la ocasión del estallido de una cabria, cuerpos mutilados en la plataforma de una camión imponen la circunstancia que los uniforma.

El despoblado es toda una categoría en la aproximación de la

topografía petrolera, y "Batalla campal" se erige sobre esa constatación, la casa aérea no es un capricho, sobra terreno pero no se trata de colonizar en el sentido de ampliar fronteras políticas, antes hay la necesidad de ver desde los altos, planear sobre la extrañeza, la novedad para la que no hay posiciones previas. Alejarse, tomar distancia, podría ser un imperativo cuya función parece obvia, ver el juego sin aprehensiones; y quienes están aptos para él son los niños, nadie más. Los otros, los adultos, pretenden resguardar responsabilidades, menos que eso, fingir que tienen el control. Pero los observadores que han elegido las alturas para entrar en escena intentan una singular conciliación, "nos gustaba espiar desde el árbol", dicen como delatándose, pero en realidad sólo descubre la fundamental intención: vernos. El peor arrasamiento es aquel que aleja, que arranca para siempre a los pobladores de un lugar, el exilio de la tierra envuelve la suprema traición de poder vivir en cualquier parte, si el salmón regresa para garantizar con su muerte la prolongación de la especie, nosotros estamos condenados al riesgo de olvidar, a la extinción del vínculo ciego del olor de la tierra. Ese despoblamiento es cíclico y circular, como en una marcha sin brújula, como un volver al mismo lugar que encontramos cada vez más desmantelado y en él recono-

mos nuestros pedazos; pienso en Tasajeras, en Lagunillas, villorio que en puridad ya no existe, quizás por eso la metáfora casi cósmica del árbol, de un árbol del caucho, además, frondoso y múltiple, lleno de humedad y de raicillas aéreas.

El alcance de aquel "espiar" es impredecible, las ciudades expandidas en la acción desesperada de hacerse un lugar terminan siendo como una trampa mortal donde todo cede, todo se diluye para adaptarse al permanente sitio, el *vivaque* interminable, ¿cuándo llegaremos?, se preguntan acaso secretamente los sedientos. Sólo el recelo queda de esa actitud que busca ver más allá de los intereses del día, se terminó espiando por el sólo gusto de reconocernos en la precariedad del otro. Los niños torvos que en un curso de quinto semestre en la Universidad no son capaces sino de ver convenciones, clisés de un imaginario abatido, son la más reciente traición. Así las cosas, el narrador se retira apesadumbrado (uno de ellos ha dicho que los holandeses son los extranjeros que se roban la riqueza de Venezuela y que el árbol es el país). La fe en las posibilidades de lo que ocurra en campo abierto, los retos del intercambio, sostiene el optimismo de los diseñadores de una especie de utopía donde lo relevante es la superación del punto de vista de colonizadores y colonizados. Parece de una ingenuidad

plena el levantamiento físico del escenario: ver desde arriba lo que evoluciona abajo. Es una reconocible obsesión del narrador esta de ceñir la aproximación de los grupos gestores de hábitos, su articulación al *pathos* ideal de una sociedad, la superación del personalismo y el atisbo de las posibilidades de lo individual, su concreción en unas maneras colectivas. Busca unir lo antagónico, comunicar los ruidos dispersos de lo contemporáneo, al margen de la diversidad de proyectos, ¿no es acaso la unidad de pulsiones lo que mantiene la fuerza de una civilización?, ¿no hay un destino común en un mundo que todo lo desacralizó?

Recordemos nuevamente la solidaridad impuesta por la fatalidad en *Mancha de aceite*, "piones" y rubios jovenzuelos unidos en un abrazo triturador, hubo después la exaltación excesiva de un antagonismo que por ser demasiado público ha debido ser recelado. La poca insistencia en la naturaleza de este diálogo ha significado la anomalía de una literatura de tesis, explicativa y justificadora, demasiado pendiente del qué dirán y de vanidades menores como esa de lectores entre un público alfabetado. Los procesos públicos entendidos casi como la biografía del Estado han asfixiado la posibilidad de la introspección, de las densidades del hondo mirar, ha naufragado entre la épica de aldea y cierto narcisismo que concluye estre-

llado contra exotismos previsibles. Pero sí hay apremio en ese zafarrancho que se esfuerza por mostrar una clase de autonomía, demarcaciones y programas pugnan en los clanes, vociferan como en eso del *ultimatum*, la reacción de los que alegan desde una virilidad presentida, para los chicos holandeses eso no es más que "un cuento", justamente porque todo se está haciendo de nuevo, unos y otros deberán revalidar distintas aptitudes para la vida, los hijos ya no heredan la culpa de los padres. Si la casita en el árbol es el máximo trofeo de los niños, su abandono es también como el límite de un plan, hasta allí llega el ímpetu de construcción: lo que sigue, obviamente no pertenece al ámbito de los esfuerzos materiales sino al de las relaciones, el país se ha dado 70 años para probar que eso es así, la riqueza extática impone su ritmo de apatía, la dinámica sanguínea de los grupos sobrevive, apuntamos un gran aporte visible: el diálogo callejero, la democratización del intercambio, también la destrucción de la solidaridad, si alguna vez hubo..

La casita está vacía, siempre lo estuvo a pesar de sus inquilinos, espera por un orden humano, los chicos holandeses aportan la diferencia del instinto de la comodidad, pero nada más; cortinas, una cocinita de gas, crean el espejismo del poder. Los hábitos ya perturbados de los fundadores son barri-

dos desde su condición de lastre. “Thomas fue el primero en subir y se encontró con una inmundicia: latas abiertas, cajas de cartón, papeles, hojas reseca, excremento de pájaros, cartones de leche”. Ciertamente, es una inmundicia que busca su ser alado y que arrastra consigo aquello que la purificará. Es el *destritus* del nuevo consumo y que los consumidores atesoran con fetichismo: aquellos restos tal vez los distingue. También florece allí la libertad como invención de unos niños que ya estarían explorando un destino alternativo, pertenecen al sosiego de una riqueza espontánea —“No había pozos alrededor, no había mechurrios” —“...era uno de los pocos sitios del campo verdaderamente libres...” A los otros, tal vez, ya los acosa el hastío del *confort*, y el prestigio que los aureola ya es metafísico, no el “consumo ostentoso” que detectara Veblen, sino más bien la certeza de haber sometido la naturaleza antes que los otros.

La guerra florida se libra como espectáculo, las razones están afuera y quienes guerrean lo hacen para llamar la atención, para despertar del sueño a los otros, no es en ningún caso una pantomima, es sobre todo otro nivel de percepción del desacuerdo, es un antagonismo que no busca arrasar pues acepta la diversidad de un mundo que antes se ha celebrado como advenimiento. Busca sí, sacudir, evidenciar la precariedad de

las normas para que la imaginación de los observadores intervenga, para que lo que ocurre puertas adentro se articule a un presente que tiende a cerrarse sobre sí. Es revelador que la naturaleza de las armas (y el orden preciso de enumeración) corresponda casi con precisa simetría a la escala de los reinos en lo que en ellos hay de vitalismo, no es casual la gradación que nos habla de una sobreposición de cosas alejándose de una naturaleza también espectadora: ramas (como en una edad frutal y limosa), piedras (como en una arquitectura inevitable), vidrios (como en una edad de lo artificioso), balines (como en un tiempo declaradamente prometeico). La babelización, definitivo infortunio y suprema conquista del libre albedrío, tenemos versiones no parte o relación, tampoco es lícito sugerir una crónica, el afán de lo impersonal campea; hay segundas versiones también: el crecimiento, el cambio, continuidad, no obstante, que anuncia la fidelidad, la decisión de seguir en el juego. Nadie miente, el fraude no es admitido y las pasiones tienen un código rígido, es sorprendente que no haya contradicciones ni desmentidos, todo es cierto no porque corresponda a la realidad sino porque nadie miente, el conflicto es de visiones: se ha superado así la política de los demagogos. Podría ser el momento sutil, casi invisible, de la prosperidad del punto de vista, ocurrió y quizás no

nos dimos cuenta, fueron las opciones de lo diverso, del país pensado si es posible, de la tolerancia como espacio no como concesión y menos aún como estrategia. El relato es policialmente irresoluble porque el orden que discute no es mecánico, políticamente resulta esperanzador porque logra proponer desde una alegoría cerrada un universo de conciliaciones, los niños dirimen el presente con armas del futuro: la ausencia de culpas — ¿no es caso esta una característica de toda cultura aluvional?. La inocencia sorprendida parece exhibirse en la última declaración, en los rifles de deporte, ominosos, que anuncian la violencia ciudadana del futuro, aun no son parte de esta guerra: "...los compramos para cazar iguanas. Las iguanas se montan en el techo de la casa y no nos dejaban dormir en toda la noche". ¿Quién se atrevería a dudar de la versión del señor Volkenborg?

*Miguel Ángel Campos*

### Maracaibo y la escritura de Blas Perozo Naveda

Maracaibo es violentamente un mundo e, intensamente, un caos.

Es un precipitado modo de la cotidianidad donde los límites, frágiles, provisorios, esbozan un orden difuso.

Es una música, un fervor de lo heterogéneo y de la transgre-

sión festiva de los interdictos.

Es un modo de respirar, una especial distancia con el otro y los otros. Una insolación que hace de todos los ámbitos espacios de la exterioridad.

Maracaibo es una experiencia de la exterioridad.

El sol, caliente y gritón, regresa del mercado y tira una piedra y sube a una mata de mangos y deja su resplandor en la entrada de la noche, para transformar la ciudad desde un lienzo persistente y nocturno de luz. Porque Maracaibo, por ejemplo a las seis de la tarde o en el cruce exacto de las ocho o en la navegación entre dos aguas de la medianoche, alcanza su metáfora, su perplejidad, su revelación, el punto exacto y misterioso de su belleza.

Y desde el lago, o desde la perspectiva suspendida del puente sobre el lago, la ciudad es el más grande de los barcos, que se desliza sostenido en sus luces, en sus voces, en sus pequeñísimos estallidos de afirmación de vida de su cotidianidad.

El "¿mirá, como estáis?" aplana todos los pliegues y coloca al yo en la más insólita igualdad con el otro, para de pronto, presentar la fisura del desafío. Porque, en este torrente de luz, ¿No es todo, hasta la rendición amorosa, el más violento desafío?

Hay una ciudad en la memoria de mi generación, que se comunicaba, desde su malecón, con